

sino en la esencia emotiva de la cenestesia, del modo de sentirse corporal. Por lo demás, el tiempo que cuenta, en nuestra concepción psicológica del hombre, no es el tiempo cronológico, sino el tiempo vivido, esencialmente alógico, otra cosa que la contradicción del percatarse de que el pasado ya no es, el futuro no es todavía y el presente se nos va de entre las manos; no el tiempo expresado en función del espacio, hecho de siglos, y horas y minutos, sino el tiempo íntimo lleno con nuestro quehacer, nuestros deseos y nuestras esperanzas, en que el pasado puede revivir, y el futuro, como si fuera clásico, previvirse; es el «correr del tiempo» con las horas que se nos van volando y los minutos que parecen siglos, el tiempo del hombre mortal —que no fina como el animal, sino que muere—, el ahora de cuyo existir mira hacia el mundo inmanentemente, y se llena de trascendencia, con ansia de eternidad y hambre de Dios, como quería *Unamuno*, en el camino porvenirista hacia la muerte.

Tal vez todo eso lo ha dicho *Unamuno*, agria pero claramente, cuando asegura —frente a *Hegel*— que lo realmente real es irracional, que la razón construye sobre irracionalidades. Él no acertaba a comprender porqué se dice que el hombre es un animal racional y no se ha dicho que es un animal afectivo o sentimental cuando lo que le diferencia de los demás animales —más que la razón— es el sentimiento. «Más veces —dice *Unamuno*— he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llora o ría por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado».

Con todo eso yo no quería, naturalmente, lograr una conclusión trascendental. Recojo, pues, velas, y

